

El **conflicto** de las **facultades**

Sobre la universidad y el sentido de las humanidades

Miguel Giusti (Ed.)

Capítulo 35

ANTHROPOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CONFLICTO de las facultades : Sobre la universidad y el sentido de las humanidades / Miguel Giusti, editor. — Barcelona : Anthropos Editorial ; Lima (Perú) : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 430 p. ; 24 cm. (Autores, Textos y Temas. Filosofía ; 108)

Bibliografías

ISBN PUCP: 978-612-317-461-3

ISBN Anthropos: 978-84-17556-15-0

1. Filosofía y teoría de la educación : Finalidad moral y social de la educación
2. Filosofía social y política 3. Humanidades 4. Enseñanza superior: Universidad
I. Giusti, Miguel, ed. II. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial (Lima)
III. Colección

Primera edición: marzo de 2019

© Miguel Giusti y otros, 2019

© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2019

Edita: Anthropos Editorial. Barcelona

www.anthropos-editorial.com

En coedición con la Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial

Avenida Universitaria 1801, San Miguel, Lima

ISBN (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial): 978-612-317-461-3

ISBN (Anthropos Editorial): 978-84-17556-15-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-03734

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900285

Diseño de cubierta: Javier Delgado Serrano

Imagen de portada: Jorge Eduardo Eielson, *Rotor VI*, 1977

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: (+34) 936 972 296

Tiraje: 500 ejemplares

Primera edición: marzo de 2019

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risco 580, Lince. Lima - Perú

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

DEMOCRACIA Y HUMANIDADES: ¿UNA RELACIÓN DE DEPENDENCIA?

Diego Carlos Zanella
Universidad Franciscana, Brasil

¿Cuál es la relación entre las humanidades y la democracia? Esta es la pregunta que tengo la intención de explorar en este texto. Para eso, dos libros de la filósofa estadounidense Martha Nussbaum (nacida en 1947) son muy importantes. En 1997, ella publicó el libro *El cultivo de la humanidad: una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, en el que analiza la situación de las humanidades en la universidad estadounidense y expone tres habilidades que solo las humanidades desarrollan y que son imprescindibles para la convivencia democrática: *i*) la capacidad de examinar críticamente las propias ideas y las tradiciones culturales en las que se ha crecido; *ii*) la capacidad de verse a sí mismo no solo como ciudadano perteneciente a una nación, sino como ser humano vinculado a los demás seres humanos por lazos de reconocimiento y mutua preocupación; y, *iii*) la capacidad de imaginación narrativa que permite ponerse en el lugar de los demás (Nussbaum, 1997, pp. 9-11). En el año 2010, Nussbaum publicó un segundo libro que sigue la misma línea de argumentación: *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Este segundo libro comienza con una afirmación dramática:

Estamos en medio de una crisis de proporciones masivas y grave significado global. No, no me refiero a la crisis económica que comenzó el año 2008. Al menos en este caso todo el mundo sabe que existe y que muchos líderes mundiales trabajan rápida y desesperadamente para encontrar soluciones. No, me refiero a una crisis que está pasando desapercibida, como un cáncer, una crisis que puede ser, a largo plazo, mucho más destructiva para el futuro de la democracia: la crisis mundial en la educación [Nussbaum, 2010, pp. 1-2].

A partir de esa constatación, Nussbaum argumenta que las humanidades son necesarias para pensar críticamente; para superar las lealtades locales y acercarse a los problemas globales como un «ciudadano del mundo»; y, finalmente, para comprender empáticamente a otras personas. Y estas capacidades son esenciales para la democracia. Las humanidades son fundamentales porque surgen de ellas las habilidades y las características fundamentales para el mantenimiento de la democracia (o del pensamiento crítico, o, aún más, de la civilización occidental). Pero no solo son centrales para eso. Si las humanidades son esenciales para algo, han de establecer con precisión el valor intrínseco de cierta porción de la existencia humana que sabemos irreductible, porque tiene su fin en sí mismo (Rouanet, 1987).

La tendencia tecnocrática y profesionalizante de la educación superior y la injerencia de una clase burocrática en la gestión de la vida universitaria atentan contra

la autonomía de la investigación académica y contra el principal valor de la universidad —a saber, la búsqueda de la verdad—. Con cada vez más frecuencia se suspenden cursos y carreras universitarias de humanidades y se privilegia una instrucción profesionalizante que se ajusta a los requerimientos inmediatos del mercado. Naturalmente, esta evolución no es casual. Es más bien el reflejo de una cultura pragmática y mercantil que no solo se impone de manera institucional, sino que evita además someter a discusión los fundamentos o los valores sobre los que levanta sus pretensiones hegemónicas.

En los últimos años se ha vuelto habitual el pedido de cierre de departamentos de humanidades —que comprenden áreas como filosofía, sociología, antropología, letras, entre otras— con el fin de convertirlos en organismos que «sirven mejor a las necesidades de la sociedad». Estas actitudes no hacen nada más que intensificar una ola que tiene su precedente en las universidades de los Estados Unidos (Nussbaum, 2010, p. 2).

El tipo más común de reacción en la literatura actual puede ser resumido en la posición de la profesora estadounidense Martha Nussbaum. En este sentido, Nussbaum defiende la importancia de la educación socrática para el desarrollo del individuo como ciudadano. En *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*, defiende también que ese tipo de educación es importante para la democracia. Además, advierte que el futuro de la democracia está en peligro si las naciones están interesadas solo en el crecimiento económico y, por lo tanto, no se preocupan de la educación de sus ciudadanos, descartando las habilidades necesarias para mantener vivo el sistema democrático (Nussbaum, 2010, p. 2). Sin una educación libre que estimule el pensamiento crítico, autónomo, universal e imaginativo, los ciudadanos estarían desprotegidos frente a una posible (re)instauración de regímenes totalitarios. Así, la enseñanza de las humanidades debe ser preservada porque fomenta capacidades y un repertorio indispensables para tal o tal fin. Y ese es un buen ejemplo de cómo las buenas verdades pueden constituir un mal argumento.

El problema central de este tipo de argumentación es que, al poner el valor de las humanidades en su función o utilidad para un fin, este sí más deseable —la democracia, la aceptación de las diferencias o el mantenimiento de la cultura occidental—, lo que todos los defensores están diciendo en el fondo es que, guste o no, las humanidades no tienen un valor en sí mismas. Basta que esos fines no sean ya más deseables —y es históricamente patente que la democracia o la buena convivencia con las diferencias no siempre gozaron del prestigio actual— para que el «valor de las humanidades» se venga también abajo. Ni siquiera desde el punto de vista pragmático, de convencer al burócrata interesado en el mantenimiento de la democracia o de la cultura occidental, este tipo de raciocinio es considerado.

El valor del estudio de la literatura no es enriquecer el vocabulario, aunque tal «efecto colateral» sea deseable. De igual modo, el objetivo del estudio de la historia no puede ser tan solo «no repetir los errores del pasado», así como el valor de la filosofía no debe residir en el desarrollo del famoso «pensamiento crítico». Hay una diferencia crucial entre adquirir formación o información y buscar conocimiento, simplemente porque, a diferencia de los saberes necesarios para alcanzar un determinado fin, a la búsqueda de ampliar el conocimiento de la realidad no se le puede conceder un término que le sea previo y con respecto al cual podamos medir su progreso. De la misma forma, la universidad debe ser el lugar en el que la idea

orientadora fundamental es que el conocimiento no puede ser siempre identificado con la formación para una profesión o para otro fin que no sea, como diría Aristóteles, «huir de la ignorancia»,¹ porque eso es bueno en sí mismo. Este es el sentido de la «educación superior», expresión desgastada y casi vaciada de sentido. Si las humanidades son esenciales para algo, lo son para afirmar precisamente el valor intrínseco de cierta parte de la existencia humana que sabemos irreductible porque tiene su fin en sí misma.

El modelo educativo que Nussbaum propone es el de «la educación para la democracia», el cual se contrapone a «la educación con fines de lucro». Como nota Helen Small, en *The Value of the Humanities*, es interesante el hecho de que la democracia no se contrapone, en el argumento de Nussbaum, a otro sistema político, sino a las fuerzas económicas del capitalismo (Small, 2013, p. 128). La defensa de las humanidades que hace Nussbaum está motivada por una situación actual que la autora percibe y que tiene que ver con las presiones del mercado sobre los modelos educativos. Por tal razón, aun cuando suele afirmar que la educación en Estados Unidos no ha sido nunca por completo una educación con fines de lucro, le parece necesario hacer un manifiesto en favor de la educación para la democracia, debido a que esta está en peligro por las presiones económicas. La educación en todos los niveles, explica Nussbaum, está atravesando una crisis ocasionada por el interés de los gobiernos en el rendimiento económico. Como consecuencia de esto,

[...] en casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades, tanto a nivel primario y secundario como a nivel terciario y universitario; concebidas como ornamentos inútiles por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga ninguna utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad, tanto en los programas curriculares como en la mente y el corazón de padres e hijos [Nussbaum, 2010, p. 2].

Que Nussbaum contraponga un sistema político a las presiones económicas del mercado tiene que ver con el hecho de que la política y la economía están imbricadas y, en esa medida, el modelo educativo para la democracia, que ella propone, está también relacionado con problemas económicos. Al explicar lo que entiende por «educación con ánimo de lucro», Nussbaum hace referencia —más que al asunto de que las instituciones educativas puedan lucrar— a una tendencia de los gobiernos, a través de cuyas políticas se desarrollan modelos educativos en pro del crecimiento de la economía. El problema radica en que las fuerzas del mercado no son independientes de las políticas de los gobiernos, sino que, por el contrario, las moldean. El interés por aumentar el producto interno bruto (PIB) es una tendencia de los Estados que determina el tipo de educación que debe ofrecerse. Este tipo de educación consiste en «aptitudes básicas, alfabetización y competencia matemática» (Nussbaum, 2010, p. 19). Además, que crezca la economía de un país, dice Nussbaum, no implica que haya igualdad económica o equidad de oportunidades entre las perso-

1. «De modo que, si los hombres filosofaron para liberarse de la ignorancia, es evidente que buscaban el conocimiento únicamente en vista del saber y no por alguna utilidad práctica» (*Metafísica*, 982b19-22).

nas. En este punto, las fuerzas del mercado afectan directamente la democracia, debido a que la educación que ellas moldean es de un tipo que hace pensar que no es relevante la pobreza de muchos si la economía del país está creciendo, y fomenta que los sujetos se vean recíprocamente como medios para alcanzar fines económicos (Nussbaum, 2010, p. 22). Esta educación con fines de lucro está caracterizada por la pasividad de los estudiantes, los cuales no desarrollan capacidades para poner en duda estas ideas y no conocen las historias de los otros (dentro del propio país y por fuera de él), más allá de los datos y de las estadísticas. En esa misma dirección, la democracia no es definida por Nussbaum solo en términos políticos. Tiene que ver con la capacidad de cuestionar esas ideas que la educación con fines de lucro pretende imprimir en los estudiantes. Así, está relacionada con el cuestionamiento de la desigualdad y con no ver a los demás como objetos que pueden ser manipulados para obtener un lucro. Sin embargo, esto no significa que Nussbaum esté abogando por un sistema económico distinto al capitalismo o que niegue la importancia del crecimiento económico. Por el contrario, en varias ocasiones alude a la utilidad de las humanidades para la economía y al hecho de que esta y la democracia no son excluyentes. Su llamado de atención tiene que ver con el hecho de que, cuando los gobiernos solo se interesan en el crecimiento económico, apoyan un modelo educativo que atenta contra la democracia. Y es este modelo educativo —y no el mercado que está detrás de él— contra el que Nussbaum discute.

Al constatarse que escuelas y universidades retiran las disciplinas de artes y humanidades de sus planes de estudio con la justificación de que no traerían un retorno económico significativo para las instituciones, Nussbaum relaciona la crisis de la educación con la crisis económica. Las naciones pretenden maximizar el lucro como si, con ello, pudieran combatir la crisis económica. Sin embargo, si esto fuera cierto, la educación para el crecimiento económico debería ser suficiente para revertir la crisis de la educación. Y, como Nussbaum defiende la idea opuesta, esto es, que la educación debe apuntar al desarrollo humano y no al crecimiento económico, llama la atención el hecho de que ella no cuestione más profundamente el papel del sistema político-económico como actual intensificador de la crisis.

Además, Nussbaum conecta la educación para la ciudadanía con la educación en humanidades y artes y, por oposición, sugiere una conexión entre la educación para el lucro y la educación en ciencias exactas. Este procedimiento resulta del intento de la autora de ofrecer una medida práctica, simple y consensuada para el diagnóstico y la solución de la crisis de la educación, ya que comprender lo que es y en qué consiste la educación para la ciudadanía no es una tarea fácil. De esta forma, trazar las metas para superar la crisis en la educación es algo que se podría hacer solo después de que el concepto de educación para la ciudadanía democrática fuese suficientemente comprendido. Aunque esta complejidad se aplica a la definición de educación para la ciudadanía, todos comprenden fácilmente lo que son las humanidades y las artes y, a partir de ello, derivan la importancia de mantener las humanidades y las artes en los planes de estudio de las escuelas y universidades. Sin embargo, una educación para la ciudadanía no puede ser identificada con las humanidades, ni la educación para el lucro con las ciencias exactas, si no en líneas muy generales. Esta es una distinción demasiado simplista que enmascarara que la solución a la crisis de la educación no está en la reforma de la enseñanza con respecto a las humanidades, sino con respecto al humanismo (Duarte, 2016).

Si la novedad de la denuncia de Nussbaum no está en la distinción entre los tipos de educación, ¿estaría entonces en el enfoque de la educación profesional orientada solo hacia el lucro? Una educación profesional no necesariamente tiene por objeto el lucro. Puede ser motivada por una finalidad diferente, como el desarrollo y perfeccionamiento de una habilidad específica que permita que el ciudadano ejerza mejor su tarea y, de esa manera, ofrezca un mejor servicio a la sociedad.

¿La novedad sería, entonces, decir que la crisis de la educación, denunciada por Nussbaum, se refiere al hecho de que la democratización del acceso a la educación no fue suficiente para que se ofreciera una educación para la ciudadanía a todos? Debido a las exigencias del actual sistema económico y al crecimiento demográfico, es un hecho que, para suplir las altas demandas de mantener una educación accesible a todos, se busca obtener el lucro en cualquier actividad. Revertir la crisis de la educación implicaría, entonces, hacer accesible a todos una educación de élite. Sin embargo, desde la división social del trabajo, siempre hubo una diferencia entre una educación de élite y una educación para la clase trabajadora —tipos que corresponden, respectivamente, a la educación para la ciudadanía y a la educación para el lucro—.

El libro de Nussbaum, sin embargo, no es menos interesante o importante por eso. Por el contrario, ella utiliza la falta de originalidad de su denuncia para componer su manifiesto con distinción. Si no hay ninguna novedad en su diferenciación entre una educación orientada hacia la ciudadanía democrática y una educación orientada para el lucro y si la historia nos ha mostrado cuán sangrientas pueden ser las consecuencias de los regímenes totalitarios, ¿qué estamos haciendo, al final, al privilegiar la educación para el lucro? Cuando se perciben las limitaciones del conocimiento orientado a la utilidad, vemos que un sujeto educado para la ciudadanía estará más apto para adaptarse a los posibles cambios del sistema económico-político y para construir nuevos conceptos para regir la sociedad cuando sea necesario. A partir de esta constatación, se vuelve difícil comprender por qué la educación libre se ha dejado de lado. ¿Por qué los padres temen por sus hijos cuando estos no son directamente educados para competir en el mercado de trabajo? En fin, ¿por qué la educación orientada hacia el lucro es actualmente el modelo más prominente? Es como si entre libertad o sumisión se estuviera deliberadamente eligiendo ser sumiso. Es como si no se pudiera conectar el pasado con el presente.

Sin embargo, a pesar de la actual prominencia de la educación orientada hacia el lucro, las élites continúan venerando los valores fundamentales de la enseñanza orientada a la ciudadanía. En la clase alta, los padres continúan enviando a sus hijos a estudiar en el extranjero para que aprendan otras lenguas y otras culturas. Ellos continúan pagando clases extra de música y gastando pequeñas fortunas en libros de poesía a fin de que sus hijos sean instruidos según el conocimiento universal y se conviertan en líderes en la sociedad. En la clase baja, acostumbrados a la sumisión de ser empleados, los padres quieren que sus hijos estudien para aumentar sus posibilidades de obtener recursos suficientes para la supervivencia. Ellos temen que un posible desvío de conducta, que los lleve a ser menos pasivos, los envenene hasta llevarlos a la muerte, como Sócrates, o los haga ser vendidos como esclavos, como Platón. Así, parece que la democratización del acceso a la educación no fue suficiente para posibilitar que todos accedan a una educación para la ciudadanía (Nussbaum, 2010, p. 11).

La principal razón para que esto ocurra es, según Nussbaum, la creencia de que para mantener o incluso alcanzar la democracia deseada es necesario que una na-

ción crezca económicamente, esto es, aumente el PIB del país. Por lo tanto, nada más obvio que esperar que los ciudadanos contribuyan a este fin. En ese caso, el papel de la educación sería entonces el de maximizar las potencialidades específicas de los ciudadanos con el fin de capacitarlos para la obtención del éxito económico (Nussbaum, 2010, p. 17). Cuando es necesario aumentar indiscriminadamente la producción y disminuir los costos para aumentar el PIB, se producen entonces trabajadores manuales lo suficientemente dóciles como para no cuestionar su propia subordinación, en vez de ciudadanos que se comprendan como libres y que luchan por sus derechos. Una educación como esta exige de los estudiantes habilidades básicas en su lengua materna y en matemáticas y, tal vez, habilidades avanzadas en computación y en tecnologías variadas (Nussbaum, 2010, p. 19). Por lo tanto, la democratización del acceso a la educación y la calidad de ella son, según Nussbaum, aspectos que no necesariamente necesitan ser considerados, ya que una nación puede crecer económicamente manteniendo al margen diversos sectores excluidos, como la población rural, por ejemplo. Basta, para ello, que se cree una élite suficientemente competente para mover positivamente los números de la nación (Nussbaum, 2010, p. 20). En gran escala, el acceso democrático a la educación hasta hoy se ha restringido a la enseñanza profesional. Esto es así porque, si los trabajadores fueran educados para la autonomía, protestarían contra la explotación y ello generaría menos ganancias para las empresas que, a su vez, colaborarían menos con los índices de crecimiento económico del país.

Lo que Nussbaum propone es la democratización del acceso a la enseñanza de élite, que exige más que la simple preparación para el trabajo. El ejercicio de la ciudadanía incluye más que la capacitación de trabajadores, capaces de cumplir las metas de crecimiento económico de un país sin prestar atención a las desigualdades. Para Nussbaum, este tipo de educación orientada hacia el lucro no considera aspectos fundamentales del individuo y de la nación, y es incapaz de promover el progreso personal y nacional.

Para alcanzar el progreso personal se necesitaría una educación capaz de desarrollar el pensamiento crítico, la conciencia, el compromiso político y social, la habilidad de reconocer y de respetar a los demás como ciudadanos de iguales derechos independientemente del país del que ellos provengan y, al menos, la habilidad de preocuparse por la disponibilidad igualitaria de oportunidades extensivas a todos los ciudadanos del globo (Nussbaum, 2010, pp. 25-26). En la práctica, la educación para la ciudadanía democrática debe desarrollar el raciocinio lógico, el análisis complejo de argumentos y la precisión en los juicios. Para el progreso nacional es necesario considerar como tarea fundamental de los gobiernos el desarrollo de factores relacionados con la dignidad y la prosperidad humana de cada ciudadano: vida, salud, integridad, libertad, capacidad de participación política, educación, entre otros (Nussbaum, 2010, p. 24).

El modelo que Nussbaum defiende para las universidades es el de la educación liberal, en el que «en lugar de ingresar a la universidad para estudiar una carrera puntual, los estudiantes están obligados a cursar una gran variedad de materias distintas durante los primeros dos años, entre las cuales predominan esas disciplinas [las humanísticas]» (Nussbaum, 2010, p. 17). Es posible notar que el modelo educativo para la democracia tiene diversos componentes, debido a que hace referencia tanto a capacidades como a conocimientos específicos, y no se limita a las

humanidades, o, quizá, amplía lo que entendemos por ellas. Por un lado, están las capacidades críticas e imaginativas y, por otro, aunque en relación con esas capacidades, están los conocimientos sobre historia, economía, política, lenguas, entre otras características de culturas diversas. La filosofía y la literatura, podríamos decir entonces, se limitan a ser capacidades que los estudiantes adquieren para pensar de cierta forma, más que conocimientos específicos. Sin embargo, en *El cultivo de la humanidad*, un libro anterior a *Sin fines de lucro*, Nussbaum es más específica sobre los conocimientos concretos que se adquieren a través de la literatura. Además del desarrollo de la capacidad imaginativa que nos permite ponernos en el lugar del otro, habla de la posibilidad que da la narración literaria de ver aquellos aspectos de la realidad que eran invisibles. Al ponernos en el lugar del otro sin dejar de ser nosotros mismos, dice Nussbaum, al imaginar lo que puede ser la vida de una persona que ha estado en condiciones distintas a las propias (otro género, raza o condición económica), es posible ver realmente a los otros, verlos como seres humanos complejos y no como un número más de una totalidad (Nussbaum, 1997, pp. 85 ss.). Aunque en este libro es un poco más específica sobre los contenidos concretos de la literatura, en ambos Nussbaum habla de la educación en términos generales, lo cual hace que su planteamiento sobre la educación superior y lo que entiende por humanidades no sea tan claro (Rouanet, 1987, p. 309).

El punto de partida de Nussbaum no es solo que el estudio de las humanidades está siendo olvidado en los colegios y en las universidades, sino la crisis por la que está atravesando la educación y que pone en riesgo la democracia. En el argumento del libro, la democracia se antepone al estudio de las humanidades, en la medida en que este estudio se piensa como la manera de construir ciudadanos. Aunque uno de los principales componentes de la educación humanística es la capacidad de analizar los argumentos, de tomar distintas posturas frente a un problema y de poner en duda los prejuicios y los estereotipos, este procedimiento no se lleva a cabo con la idea misma de democracia. Nussbaum no pone en duda que la democracia es el mejor sistema de gobierno, ni nos explica por qué lo es, sino que lo da por sentado y esa es la premisa para defender su modelo educativo:

Lo que suscita mayor consenso es que los jóvenes de todo el mundo, de cualquier país que tenga la suerte de vivir en democracia, deben educarse para ser participantes en una forma de gobierno que requiere que las personas se informen sobre las cuestiones esenciales que deberán tratar, ya sea como votantes o como funcionarios electos o designados [Nussbaum, 2010, p. 9].

En esto, Small percibe unos imperativos y un lenguaje moralizante (Small, 2013, p. 130). Sin embargo, esto se puede entender no solo por el hecho de que el libro sea un manifiesto (razón que da Small para justificar que sea poco socrático), sino también porque, para Nussbaum, la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de entender que los demás son distintos y semejantes a nosotros mismos es casi universal:

Y la facultad de imaginar la experiencia del otro (capacidad que casi todos los seres humanos poseemos de alguna manera) debe enriquecerse y pulirse si queremos guardar alguna esperanza de sostener la dignidad de ciertas instituciones a pesar de las abundantes divisiones que contienen todas las sociedades modernas [Nussbaum, 2010, p. 10].

El modelo educativo para la democracia no sería, entonces, más que el desarrollo y el cultivo de una capacidad que todos los seres humanos tendríamos y, en esa medida, se convertiría en algo casi natural que no requeriría ser justificado. De igual forma, las dificultades que enfrenta este sistema de gobierno para su realización tienen que ver con la tendencia de los seres humanos a querer dominarse los unos a los otros, la cual proviene del narcisismo de la infancia. Estos dos aspectos —la capacidad de imaginar la vida del otro y el narcisismo— no se relativizan, sino que parecen ser tendencias universales de los seres humanos.

Decir que el estudio de las humanidades es necesario para la democracia plantea algunas limitaciones, pero también nos permite ver el problema de la educación como algo más amplio. Como señalé a lo largo de este texto, una defensa de las humanidades como la que hace Nussbaum puede limitar su valor a su función política, es decir, a su relación con la democracia. Además, es posible debatir la idea de humanidad que la autora presenta y tomar en consideración el peligro que representa hablar de seres humanos y de democracia en términos universales. Sin embargo, es interesante y valioso que una defensa de este tipo hace notar que el problema de la educación (no solo en los Estados Unidos, sino también en mi país, Brasil) es una cuestión que no es puramente educativa, sino que está estrechamente ligada al contexto político, económico y cultural. La forma de enfrentar el problema, entonces, quizá debería tener en cuenta ese contexto que moldea el sistema educativo y que a su vez puede ser modificado por este. Por supuesto, se tendría que cuestionar también las nociones de democracia y de humanidades que aparecen en un libro como el de Nussbaum y verlas no como algo natural y absoluto, sino como algo histórico que surge en lugares y tiempos específicos. Este carácter histórico y contingente, sin embargo, no tendría que ser necesariamente algo que invalide la propuesta. Se la podría entender como una defensa que, precisamente por surgir de un lugar específico, plantea una postura que es falible al resistirse al relativismo, pero que también es consecuente consigo misma en la medida en que hay ciertas ideas en las que, para Nussbaum, no se debe ceder en nombre de la diferencia. Esas ideas, esas verdades que se dan por sentadas, además, son las que mantienen la posibilidad de que la universidad y las humanidades puedan generar y transmitir conocimiento sobre los demás seres humanos y sobre el mundo.

Bibliografía

- ARISTÓTELES (2002). *Metafísica*. Edición de Giovanni Reale. São Paulo: Loyola.
- DUARTE, Melina (2016). «Educating Citizens for Humanism: Nussbaum and the Education Crisis». *Studies in Philosophy and Education*, 35(5), 463-476.
- NUSSBAUM, Martha (1997). *Cultivating Humanity: A Classical Defense of Reform in Liberal Education*. Cambridge: Harvard University Press.
- (2010). *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*. Princeton: Princeton University Press.
- ROUANET, Sergio Paulo (1987). *As razões do iluminismo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- SMALL, Helen (2013). *The Value of the Humanities*. Oxford: Oxford University Press.